

DOS CARTAS

HEBE A JORGE

San Isidro, Junio de 1914.

Amigo:

Ahora que todo ha pasado, ahora que ya fué todo lo que ha sido, ahora que en nosotros ya se ha hecho la calma, quiero como antes decirte las emociones de mi espíritu:

El pasado no es pasado, es presente muy fluído, se infiltra, penetra nuestra vida y vive en torno nuestro.

¡El pasado!... ¿Crees tú que haya pasado? ¿Crees que porque han transcurrido minutos, horas o días, lo que fué ya no es? ¿Crees que todo lo que fué nuestro ya no existe, por el mero accidente de tiempo? No, en tu alma, en la mía, ha dejado impresa su huella y vive nuestra vida y crece y canta, y llora... El presente está todo hecho de pasado!...

Ayer... ¿Por qué no estabas allí? Reviví los años ya preteritos. La herida volvió a abrirse; pasaron ante mis ojos una a una, las imágenes de otro tiempo y se reproducían tan fieles, tan exactas, en el ambiente tan igualmente idéntico, que sentí la existencia real de tu presencia invisible.

Tú estabas allí. Yo no estaba en Buenos Aires, estaba en París; no visitaba una exposición de artistas argentinos, en el Museo Nacional de Bellas Artes, sino una exposición en el Salón Annuel.

Eso no era presente, era pasado que se repetía con la cruel nitidez de las cosas idas.

Eran las mismas sonrisas, los mismos elogios, los mismos amigos, los que me hablaban y la cabeza de Tito, con su mirada franca, su frente de pensador y su sonrisa escéptica, era la misma que admiramos en el taller de Gonzalo.

Esa cabeza, ante la cual los dos sentimos el aleteo del arte. ¿Recuerdas?... nos quedamos sin hablar, cada uno seguía su sueño interior, luego supimos que era el mismo.

Dijimos eso—pero no era así—. En mi sueño de mujer un poco artista, no podía haber más que tú, esa sensación de Gloria, esa espiritualización total de nuestros seres, sólo me la podías dar tú y te ví grande, heroico, nimbado con una aureola de arte; la Gloria resplandecía en tu frente, pero tus labios expresaban el dolor, la desilusión, la amargura de la sonrisa de Tito.

Tú en cambio, en tu concepción de hombre fuerte, no pudiste soñar como yo, no presentiste el cortejo de infinitas tristezas, de desesperanzas, en que el alma dolorida gime y solloza no pudiendo saciar su sed de ideal.

Sólo viste la Gloria, su resplandor te deslumbró; en tu sueño iluminado por el claror rutilante de sus destellos, los lauros, no te los pude dar yo. Yo te veía sonriendo como un vencido y tú sonreías como un vencedor. En mi sueño sólo vi un hombre, tu viste el Mundo.

Esto que digo, no son reproches, escribo así al azar, lo que pienso.

Me has dicho: más tarde, cuando todo esto por lo que dices sufrir, sea pasado, me comprenderás; entonces tu alma o más bien tu sensibilidad, atenuada en la violencia de su sentimiento, reflexionará. La reflexión trae la calma, ¡verás como tengo razón!... Y al irme, en tu último adiós, hubo algo de la compasión que se tiene para con un niño enfermo.

Jorge, no soy un niño, el pasado para mí es presente... Pero... y disculpa si hiero con esto tu amor propio, tenías razón... he olvidado... La reflexión trajo la calma. Lo que soñara en París, en el taller de Gonzalo, fué realidad en Buenos Aires, si algo cambió la culpa no fué mía... Y ahora como entonces, la frente serena de "mi héroe" resplandece de luz: la gloria habita cerca de él. Sus ojos enérgicos y oscuros tienen para fijarse en mí, caricias delicadas, pero su boca, no sonrío como la tuya, sino, suavemente como la de Tito.

Jorge, amigo querido, tierno compañero de mi niñez y de mis romanticismos juveniles, a pesar de todo, sé que me querías bien, pienso que tal vez ahora sientas un poco la nostalgia del pasado, que tal vez sufras, que quizá te alegres y puede ser que... pero no. De cualquier modo quería ser la primera en decírtelo.

Ahora que todo ha pasado, ahora que ya fué todo lo que

ha sido, ahora que la niña enferma ha curado, ¿por qué no vienes a contemplar el Plata, desde la balsámica terraza de nuestra vieja quinta?

¿Vendrás?

Toujours tendrement.

Hebé.

JORGE A IEBE

París, Julio de 1914.

Hebé:

Tú exiges de mí, más de lo que un ángel puede exigir de un hombre.

He aquí sintetizado todo lo que encuentro en mi corazón, después de interrogarlo íntimamente, como respuesta a tu carta. Y nada más te diría, después de besar tu mano "toujours tendrement" como tú dices, y después de rehusar la contemplación del Plata, desde la terraza de nuestra quinta, porque en el fondo soy malo y nunca me alimentó la vanidad del sentimentalismo. Sin embargo, quiero saciar tu curiosidad femenina y explicarte mi respuesta.

Me amabas pasionalmente y ya no me amas sino como a un amigo querido, a un amigo de la infancia: he interpretado así el simbolismo de tu carta. Ahora es otro tu héroe; has arrancado tu ideal de mi cara, como se arranca una mascarilla mortuoria, y la has colocado sobre la cara de tu nuevo héroe; adoptas una actitud melancólica y pareces pedirme disculpa por la sustitución o por la herida que supones pudieran ocasionar en mi amor propio tus palabras. Al mismo tiempo, y esto es en la carta un punto esencial, me consideras responsable de lo sucedido, porque dices, amé la gloria más que a tí. (¡Qué error! Tu mirada caída dulcemente sobre mis ojos irradiaba en mi alma más claridad que la gloria de todos los héroes!)

Si te fuera posible mirar con tu alma el corazón de un hombre, comprenderías que aun suponiendo exacta tu interpretación de lo que ha pasado entre nosotros dos, tu reclamo a la tierna y antigua amistad es artificiosa, extraña, y no hiere

el amor propio, pero sí lastima la dignidad y la hermosura del amor.

El amor es delicado y más bien clásico que moderno. . . . Quiero decir que no le gustan las transigencias, las combinaciones complicadas, las situaciones anormales que abundan en la vida contrahecha, agitada y estéticamente bárbara de nuestros días.

El verdadero amor se horroriza de la más vulgar amistad que quiere ocupar el sitio que ha dejado su persona divina. Pero no sólo exiges esto. Exiges algo peor, algo capaz de sublevar a todos los dioses imaginados por los griegos. ¿Has pensado, Hebe, qué papel te empeñas en hacerme representar? ¿Te figuras mi situación en la terraza de la quinta, si contemplando el Plata dulcemente, con las manos enlazadas con ternura, una ternura de hermanos, absolutamente casta, se aparece de pronto tu héroe, con sus ojos enérgicos y oscuros? . . . No caricias delicadas, rayos de furor tendría entonces su mirada.

Es imposible suponer que consintiera en comprender la pureza de nuestros sentimientos.

Y si lo consintiera, el furor se me transmitiría. Imagínate mi situación. ¿Me piensas tan hipócrita, tan vil, tan insensible a tus encantos y al contacto suave de tu mano preciosa, que pudiera presenciar impasible el cuadro de amor que ustedes representarían ante mí?

No, Hebe, es preciso mirar la realidad tal cual es. Si has dejado de quererme, suponiendo que en aquel tiempo me querías (porque pudiera ser que sólo te enamoraba la mascarilla heroica que pusiste sobre mi cara, con la sonrisa escéptica de Tito, quien para mí es un imbécil), si has dejado de quererme, si has olvidado la dulzura de nuestras caricias, no me hables tampoco de amistad. Pero háblame de amor otra vez, confíesame como antes que la vida sin mí "te sería tan triste"—y entonces Hebe, yo seré siempre el mismo que amorosamente se rendía a tus pies.—*Jorge.*

Lilia Lacoste.